

Culturas de la empatía

Del mismo autor

Der Ich-Effekt des Geldes. Zur Geschichte einer Legitimationsfigur,
Frankfurt, 2008

Goethe and Wittgenstein, Frankfurt, 2003

Jenseits der Bilder: Goethes Politik der Wahrnehmung, Friburgo, 2000

Eidolatrie: Das Trugbild und die Revisionen des Bildlichen bei Goethe,
Ann Arbor, 1999

Fritz Breithaupt
Culturas de la empatía

Traducido por Alejandra Obermeier



Primera edición, 2011

© Katz Editores
Charlone 216
C1427BXF-Buenos Aires
Calle del Barco Nº 40, 3º D
28004-Madrid
www.katzeditores.com

Título de la edición original: *Kulturen der Empathie*

© Suhrkamp Verlag Frankfurt am Main 2009
All rights reserved by and controlled through
Suhrkamp Verlag Berlin

ISBN Argentina: 978-987-1566-60-0

ISBN España: 978-84-92946-36-5

I. Psicología. 2. Empatía. I. Alejandra Obermeier, trad.

II. Título

CDD 152.41

El contenido intelectual de esta obra se encuentra protegido por diversas leyes y tratados internacionales que prohíben la reproducción íntegra o extractada, realizada por cualquier procedimiento, que no cuente con la autorización expresa del editor.

Diseño de colección: tholón kunst

Impreso en España por Safekat S.L.

28019 Madrid

Depósito legal:

Índice

- 7 Agradecimientos
- 9 Introducción

- 27 I. LA EMPATÍA Y LA PRODUCCIÓN DE LA NO SIMILITUD
- 27 1. La similitud como condición de la empatía
- 32 2. Paisajes de la similitud
- 36 3. Diagnósticos errados de similitud
- 43 4. El contagio emocional y cómo protegerse de él
- 50 5. Neuronas espejo: la arquitectura de la similitud
- 59 6. ¿Podemos bloquear y manejar las neuronas espejo?
- 71 7. Breve aclaración de una contradicción aparente
- 74 8. Excurso: El Yo como bloqueo contra la empatía
(el Iluminismo)
- 87 9. Retrospectiva y panorama: de la similitud a la
disimilitud

- 89 II. CULTURAS DE LA CONSTRUCCIÓN (*THEORY OF MIND*)
- 89 1. Smarties o lápices (tareas de falsa creencia)
- 92 2. La construcción del otro
- 103 3. Si estuviera en tu lugar: situaciones de empatía

107	4. La construcción de un punto del otro
110	5. Narrativización y traumatización (<i>La señorita de Scudery</i> , de E. T. A. Hoffmann)
117	6. Límites de la cultura de la construcción
119	III. EL TERCERO INVISIBLE. ESTOCOLMO, PODER, RECIPROCIDAD
119	1. 1973
127	2. Monos parlanchines
139	3. El tercero invisible
145	4. Empatía como obsequio (excurso sobre el amor y la cooperación)
151	IV. EMPATÍA NARRATIVA
154	1. La empatía como toma de partido en escenas de tres
172	2. Narración y conciencia (<i>Narrative Intelligence Hypothesis</i>)
183	3. La compulsión a la narración: presión de legitimación y selección de acciones
190	4. ¿De qué hablamos cuando hablamos de narración?
201	5. La brecha aristotélica
210	6. Teoría de la narración
218	7. Empatía narrativa
226	8. Toma de partido versus “identificación”
231	9. La perversión de la empatía (<i>La Regenta</i> y <i>Effi Briest</i>)
258	10. Retrospectiva
263	Epílogo sobre la relación entre empatía y moral
269	Bibliografía

Agradecimientos

Este libro surgió en tres etapas. Luego de una primera etapa llena de estimulantes conversaciones con amigos, estudiantes y colegas, el segundo paso de trabajo consistió en ignorar sistemáticamente sus ideas y consejos, sólo para volver a adoptarlos e integrarlos subrepticamente en la tercera etapa de corrección. Por eso, agradezco por partida doble y triple a Colin Allen, Claudia Breger, Leela Breithaupt, Rüdiger Campe, Michel Chaouli, Chris Chiasson, Amy Coplan, Thomas Eder, Wolfram Eilenberger, Andreas Gelhard, Eva Gilmer, Eva Geulen, Hans Ulrich Gumbrecht, Petra Hardt, Manuel J. Hartung, Christoph Irmscher, Stephan Kraft, Horst Lange, Helmut Lethen, Deidre Lynch, Karl-Heinz Maurer, Bret Rothstein, Matthias Scheutz, Neil Srinivasan, Karola Stotz, Johannes Türk, Estela Vieira, Christian Weber y Marc A. Weiner.

La redacción final fue facilitada por una beca de verano de la *Graduate School* de la Universidad de Indiana.

Introducción

LA HISTORIA DEL RATÓN

Hace un par de años, cierta vez me quedé conversando un rato con algunos colegas después de un grupo de lectura. Nuestro trabajo concentrado en el texto ya había concluido, por lo cual podíamos dejar vagar libremente nuestros pensamientos. La conversación nos llevó a la cuestión de la empatía, tema sobre el cual, tal como mis colegas sabían, yo quería dictar un curso. Surgió una pregunta simple: la empatía ¿es algo que la mayoría de las personas percibe mediante patrones similares o no? ¿Existe una escena primaria de la empatía que todos compartimos? Decidimos hacer la prueba, que cada uno contara su recuerdo más claro de un momento en el que se hubiera puesto en la piel de otro. La primera de las historias que se contaron ese día fue la siguiente:

En mi primer departamento de estudiante había un ratón. Cada tanto lo oía en la cocina y veía sus huellas, pero no lograba atraparlo. Una mañana entré en la cocina y sentí un ruido extraño, como de arañazos, que provenía de la piletta. Me acerqué y descubrí que el ratón se había caído en la piletta. No tenía cómo sujetarse de las paredes resbaladizas y

había quedado atrapado. Me quedé contemplándolo unos instantes, y él me miró a mí. Después abrí el grifo, y entonces el ratón fue arrastrado junto con el agua hacia el *garbage disposal* (una trituradora eléctrica de basura). Entonces apreté el botón.

Esta historia es notable en múltiples sentidos. Aquí la empatía no es la simpatía* positiva por otra persona que está en apuros, sino que se asocia más bien inmediatamente a una conciencia criminal, a un cargo de conciencia. Además, es probable que la similitud entre la persona que empatiza y el ratón sea relativamente escasa. En cambio, hay toda una historia previa que enfrenta al humano y al ratón. Sin embargo, esta historia, al menos para su narrador, representa una experiencia de empatía que establece un lazo entre él y el ratón.

Por el momento, no abordaremos la cuestión de si esta historia del pobre ratón tiene realmente las características de una escena primaria de la empatía (en el capítulo iv de este libro se elabora una propuesta de cómo podría ser una escena primaria semejante). Lo importante en este caso es que antes del episodio con la trituradora de basura el narrador estaba lejos de sentir compasión o simpatía por el ratón. Es evidente que algo en esa situación lo llevó a deponer su actitud neutral o

* En alemán “*mitgefühl*”. En el presente trabajo, el término “simpatía” no está usado en su sentido corriente, sino que debe entenderse en forma neutral, es decir, como la relación en virtud de la cual la acción de un individuo induce la misma emoción en el otro (ya sea ésta positiva o negativa). Consecuentemente, “simpatizar con el otro” (*mitfühlen*) significa aquí “sentir la misma emoción que él”. El autor da cuenta en el texto de la evolución histórica del concepto, alternando su uso con el de “*mitleid*”, que es el término utilizado por Lessing (y traducido aquí como “compasión”), y con el de “*sympathy*”, utilizado por David Hume. [N. de la T.].

negativa. Por lo tanto, es posible que la empatía pueda ser activada o desactivada. Esta suposición, por simple que suene, fue el punto de partida de este libro.

TESIS

Desde hace algunos años, la empatía se ha vuelto uno de los temas centrales de las ciencias cognitivas. Pero ¿qué es exactamente la empatía? La inmensa mayoría de los investigadores parecen suponer que se trata de una observación particularmente precisa o lograda de un individuo por parte de otro. Pero es posible que en este preconcepto exista una estrechez inadmisibles que empañe la mirada sobre la estructura de la empatía humana. De hecho, este libro hará una contrapropuesta. Quizá no sea más que un prejuicio pensar que la escena primaria de la empatía consiste en una mera escena de dos.

Otro prejuicio muy extendido es que los humanos son seres tan sociales y buenos porque poseen empatía. Ante todo, hay que subrayar que la empatía no es en absoluto una cuestión exclusiva de la benevolencia y la aceptación positiva de los otros. La empatía ayuda también a entender mejor a los competidores y, con ello, a desactivarlos. La alegría por la desgracia ajena no es un fenómeno contingente de la empatía.

Entre los fenómenos que suelen adjudicarse a la empatía se encuentran por ejemplo los de ponerse en los zapatos del otro, leerle la mente para tantearlo, simpatizar con él, convivir algo con él en forma voluntaria o involuntaria y adoptar su perspectiva. Quizá la empatía sea una segunda naturaleza del hombre. Cuando nos hallamos en sociedad, las visiones interiores de nuestros congéneres forman parte directa de nuestra

percepción. No sólo vemos quién se mueve cómo, sino que a partir de los gestos de los otros creemos poder adivinar lo que opinan de la situación, si estamos aburriéndolos o desafiándolos. El descubrimiento de las “neuronas espejo” (capítulo 1), las discusiones en torno de la *Theory of Mind* (teoría de la mente, capítulo 11) y las consideraciones de los biólogos de la evolución sobre la inteligencia social de los seres humanos pusieron de manifiesto una serie de mecanismos que nos permiten ponernos en los zapatos de otros. Las ciencias cognitivas no sólo nos deparan descubrimientos asombrosos sobre los mecanismos de la empatía, sino que además demuestran que los seres humanos no pueden sino simpatizar con otros. La capacidad de comprender intelectual y emocionalmente a otros evidentemente se apoya en gran medida en las capacidades innatas de mimetismo y en las posibilidades de las bases neuronales, que nos permiten experimentar el comportamiento observado en otros como una acción propia.

Los seres sociales como los humanos viven en un mundo lleno de ruido empático, por lo que casi involuntariamente están adoptando de manera continua la perspectiva de los otros. Por ejemplo, cuando estamos observando una conversación entre un grupo de personas, nuestra atención empática suele ir saltando a una velocidad vertiginosa de una persona a otra. Los seres humanos son hiperempáticos.

¿Podemos frenar la empatía? Justamente a eso apuntaba la pregunta a mis colegas del grupo de lectura. El manejo individual de la empatía ¿es una parte esencial de la empatía o no? El acceso de los especialistas en ciencias cognitivas a los mecanismos de la empatía no deja mucho lugar para decisiones individuales. Los seres humanos y algunos primates interpretan las acciones, emociones e intenciones de otros de manera casi automática, prerreflexiva y prerracional, por la sencilla razón

de que realizan la actividad cerebral idéntica a la de aquellos cuyas acciones observan. Sin embargo, en este caso existe una función para el manejo individual, y una hipótesis de este libro es que el manejo de la empatía es parte estructural de ésta. Si los mecanismos de simulación y comprensión del otro se ejecutan de manera casi automática, no alcanza con preguntar cómo llegan a producirse. Más bien hay que investigar al mismo tiempo cómo se hace para impedir la empatía y la pérdida de sí mismo asociada a ella. ¿Cómo se hace para manejar, canalizar, retirar, filtrar, en una palabra: bloquear la empatía?

A partir de esa pregunta arranca el presente libro, en cuyo lenguaje la empatía comienza allí donde es posible la pérdida de sí mismo. Es decir que el límite entre la empatía humana y otros fenómenos se traza allí donde los procesos neuronales simples, la comprensión intelectual o la simulación emocional de otros llevan a renunciar, al menos momentáneamente, a la propia posición. Ahora bien, esta renuncia a la propia posición puede llegar a producirse de muy diversas maneras. Por ejemplo, puede producirse una simulación emocional del otro, en la que las personas renuncian a su propia vivencia y empiezan a sentir como el otro. Pero también puede ser que alguien se adapte a la perspectiva de otro por la vía intelectual, perdiendo al menos momentáneamente su visión del mundo (esta distinción equivale a la que se hace entre la empatía cognitiva o “fría” y la afectiva o “caliente”, sobre la cual volveremos en el capítulo II). Partiendo de esta primera definición de empatía como pérdida de sí mismo en el otro, podemos constatar entonces que el amplio espectro de fenómenos de empatía está completamente justificado. Existen diversas maneras de perderse en el otro. Además, ya podemos suponer que la empatía, incluso en los casos extremos como lo es el del Síndrome de Estocolmo (del cual nos ocuparemos en el capítulo III), viene

acompañada de una forma por lo menos mínima de conciencia. Sabemos que estamos viendo el mundo a través de los ojos de otro, que estamos vivenciándolo como él, etcétera.

Llevado al extremo, puede decirse que la empatía, la comprensión de los otros, sólo se produce porque frente a los otros nuestra atención emocional se estanca, se bloquea y se filtra. Si no existiera un bloqueo (parcial) semejante, viviríamos en un mundo en el que perderíamos continuamente la perspectiva, en el que nos veríamos obligados a adoptar involuntariamente las perspectivas de todos los otros seres humanos y también las de los animales, los seres mitológicos y los objetos. Sólo la filtración, la canalización y el bloqueo del ruido empático nos permiten la ilusión de que tenemos una visión interior de los otros.

En consecuencia, nuestra primera pregunta no apunta tanto a la empatía en sí, sino más bien a la acción conjunta del bloqueo de la empatía y la elusión de ese bloqueo.

¿En qué consisten esos mecanismos de bloqueo de la empatía, y quién o qué los maneja? ¿La conciencia? ¿Las técnicas culturales? En ese caso ¿cuáles? ¿Y en qué circunstancias la empatía se admite de todos modos?

Es posible que los mecanismos de bloqueo no impidan la actividad de las neuronas espejo (aunque sobre este punto también hay preguntas sin resolver, véase el capítulo 1). Sin embargo, no toda actividad de las neuronas espejo se traduce en compasión, simpatía y comprensión. ¿Cómo se interpretan, filtran o focalizan las emociones tomadas de otros y la actividad de las neuronas espejo? ¿Por qué un ratón puede desencadenar

1 Piénsese en la función de veto que Benjamin Libet le adjudica a la conciencia, Benjamin Libet, *Mind Time. Wie das Gehirn Bewusstsein produziert*, Frankfurt del Main, 2005, pp. 177-199 [título original: *Mind time: The temporal factor in consciousness*, Harvard University Press, 2004].

empatía en mi amigo mientras que otras personas fracasan en el intento? ¿Y por qué empatizamos con el ratón sólo cuando ya es demasiado tarde?

Estas cuestiones y otras que se relacionan con ellas marcan el punto de partida de la presente investigación. Lo que nos importa es ese espacio entre la actividad neuronal y el desarrollo completo de la comprensión, la simpatía y la compasión que desemboca en la pérdida de sí mismo. Tal es el espacio de las *culturas de la empatía*.²

En respuesta a esta pregunta, el presente libro distingue dos procedimientos que conducen a eludir el bloqueo de la empatía: 1) mecanismos de toma de partido en situaciones de conflicto, en tanto un observador que toma partido por alguien también suele adoptar su perspectiva; y 2) procedimientos narrativos que inducen a un observador a narrar la historia del otro como propia, de modo tal que ve el mundo con los ojos del otro. En este punto, cabe destacar que ambos procedimientos parten del observador que empatiza. La empatía es un acto del observador. Si bien hay ciertas situaciones que favorecen ese acto, su ejecución no deja de permanecer en el observa-

2 “Cultura” se entiende aquí en su definición estricta, es decir, como una colección de rutinas de conducta adquiribles que pueden ser practicadas y compartidas por un sinnúmero de individuos, pero que carecen de validez universal. “Cultura” existe sólo en plural. A todo esto, no hace falta que los individuos que pertenecen a una misma cultura estén de acuerdo respecto de esa cultura. En ese sentido, también pueden poseer una cultura otros animales distintos del hombre. Cabe asimismo destacar que esta definición de cultura no es el opuesto puro de los procesos biológicos (“naturaleza”) o de los procesos neuronales en el cerebro, ya que muchas de las rutinas (culturales) adquiridas en forma individual y de diferentes maneras se plasman absolutamente como rutinas neuronales que se cumplen de manera casi automática. Al menos puede someterse a consideración en qué medida la adquisición de neuronas espejo programadas para acciones específicas varía de acuerdo con la cultura.

dor. Ambos casos representan, tal como argumentaremos, una suerte de autoengaño, por cuanto el espectador se hace trampa a sí mismo y elude su bloqueo de la empatía dándole lugar en forma indirecta a través de la narración o de la toma de partido. En general, propondremos que ambos procedimientos, el de la narración y el de la toma de partido, están íntimamente concatenados entre sí (véase el capítulo iv, sección 8).

Quizá la escena primaria de la empatía humana justamente no consista en la observación precisa de una escena de dos, sino de tres. Una escena primaria así podría consistir en la observación de un conflicto. Cuando una persona observa un conflicto, tiende a tomar rápidamente partido por una de las partes, aun cuando no integre ninguna de las dos. Los seres humanos se caracterizan por su juicio rápido. Es más, justamente cuando la toma de partido no está predeterminada, el dar lugar a la empatía puede representar una estrategia subordinada para legitimar la toma de partido. La empatía también puede ser una recompensa porque el observador puede por fin participar de los acontecimientos. El observador observa el conflicto o al menos la diferencia de opiniones entre otros dos y sienta su posición en forma imaginaria, es decir, toma partido por uno de los contrincantes. La toma de partido en escenas de tres se presenta en este libro como un tipo básico de empatía.

Esta hipótesis de un tercero a primera vista puede parecer contraintuitiva. Muchas autopercepciones de la empatía obedecen al siguiente esquema simple de observación: “Veo cómo B se lastima y puedo sentir el dolor de B”. Pero hasta esos escenarios aparentemente simples esconden una serie de condiciones complejas tales como la predicción del porvenir en el tiempo. Y además, podrían resultar ser escenas derivadas o grados atenuados de una escena más compleja que involucran a un tercero. “Veo cómo A le causa dolor a B.” De una escena

semejante podría inferirse asimismo que reaccionamos en forma empática aun cuando B se lastime solo y A no exista. En la historia del ratón también podría hablarse de una escena de tres encubierta. Allí la persona desempeña dos posiciones. Por un lado, frente al ratón es el asesino. Por el otro, es el observador del conflicto entre el hombre y el ratón, y toma partido por este último.

El segundo procedimiento por medio del cual logramos alcanzar la empatía a pesar de bloquearla consiste en la narración de historias. Es una experiencia cotidiana el hecho de que comprendemos a otras personas (y a nosotros mismos) involucrándolas en pequeños relatos mentales. Al narrar, comprendemos. A todo esto, es perfectamente posible que esos saltos vertiginosos de la empatía entre los diversos interlocutores ya involucren fragmentos de historias, por cuanto en este caso también suele entrar en juego una dimensión temporal de lo que la persona pretende pero aún no ha ejecutado. Dado que, ya sea en forma consciente o inconsciente, continuamos en nuestros pensamientos la sucesión temporal de acciones y situaciones de otro, estamos unidos a él.

¿Qué tienen de particular los procesos temporales? Los procesos temporales se sustraen de la visibilidad en un instante. En cada instante dado falta algo. Justamente esa falta obliga o habilita al observador a especular sobre los momentos faltantes e imaginarlos, yendo de ese modo más allá de la mera descripción. A través de esa imaginación narrativa, que por caso les resulta muy difícil a los autistas, se involucra al observador. Él mismo tiende el puente temporal hacia los otros sucesos, empezando a adoptar la perspectiva del o de los agentes. En cierto modo, el observador es llevado con astucias a ponerse en los zapatos del otro. En ese sentido, la narración se define como el tendido de un puente entre dos sucesos no neces-

riamente conectados entre sí (véase al respecto el capítulo iv, secciones 3-7).

De allí resulta que los procesos temporales más adecuados para la empatía son aquellos que involucran acciones orientadas hacia un objetivo, aquellos en los que el observador construye la secuencia temporal él mismo en forma activa y en los cuales puede intuir las intenciones de los otros. Para que el observador adopte un rol activo, la predicción o la reconstrucción no puede estar dada de antemano o ser demasiado evidente. Tiene que quedar un resto de trabajo para el observador, un margen en el cual se lo necesite. En muchos medios narrativos literarios esto lleva a privilegiar vínculos tendencialmente contraintuitivos y sorprendentes. En medios como el cine o los juegos de computadora, así como en numerosas situaciones cotidianas y en el deporte, el mérito del observador también puede consistir en adaptarse a la gran velocidad de los acontecimientos y tomar decisiones y realizar predicciones en un tiempo de reacción muy breve.

Esta hipótesis de una empatía narrativa gana precisión si nos preguntamos cuándo no llega a producirse la empatía. Y es que los patrones narrativos proveen al mismo tiempo de un aparato de bloqueo que reduce la empatía a algunos pocos casos especiales. Sólo se hace lugar a la empatía allí donde los procesos del antes y el después son decisivos. Allí donde no hay nada futuro que predecir ni nada que reconstruir retrospectivamente, es decir, en situaciones estancadas, al igual que en situaciones completamente abruptas, arbitrarias o confusas, nuestra empatía fracasa, se resbala como el ratón del borde de la piletta de la cocina. Cuando alguien simplemente sufre sin que nosotros sepamos o sospechemos qué sucedió, parece ser que nuestra simpatía es mucho menor que allí donde percibimos o continuamos pensando un acontecimiento que explica el dolor del

otro. La empatía es la excepción. Tal vez ni siquiera podamos registrar o creer que alguien sufre si no conocemos o intuimos las razones de ese sufrimiento.

Al involucrarse en la narración, el observador elude los mecanismos de bloqueo. Sin embargo, o quizá justamente por eso, la narración aspira a los momentos que vuelven a liberar al observador, es decir, que lo dispensan de su posición de observación empática. Esos momentos consisten en el clímax dramático en el que las intenciones de los protagonistas (reconocidas, cogeneradas por el observador) se hacen realidad o se frustran. La secuencia debe fluir o ser interrumpida por un cortocircuito para que el observador pueda volver a ser arrojado a sí mismo. Más adelante veremos cuáles son las estructuras de acontecimientos y las formas narrativas que más justicia hacen a este requerimiento.

La narración, tal una de las hipótesis de este libro, es una forma excepcional en la que se admite la empatía.³ Pero ¿qué nos induce a “narrar” en nuestra mente la historia de otro y desarrollar una empatía de esa naturaleza? No creo que el pretexto de la narración deba buscarse en una curiosidad primaria. Más bien comenzamos a narrar porque ya nos hemos decidido previamente *por* alguien a quien observamos, es decir, porque hemos tomado partido por él y nos sentimos ligados a él. Para profundizar, explicar y justificar esa toma de partido quizá totalmente espontánea, empezamos, tal es mi hipótesis, a narrativizar la historia del otro. Y aquí es donde se muestra la concatenación de ambos mecanismos para formar una *empatía narrativa*.

3 Obviamente esto no implica excluir otras formas no bloqueadas de la empatía (véase el capítulo 1). Pero también en este caso es notable hasta dónde llegan las narrativizaciones posibles. Incluso en la relación madre-hijo hay por parte de la madre acercamientos narrativos al hijo, del cual sabe que creció nueve meses dentro de ella, etcétera.

Ambas formas de admitir la empatía, a través de la narración y de la toma de partido, se condensan según esta hipótesis en una estructura común de empatía narrativa.

La empatía narrativa aquí propuesta está ligada estrechamente en su estructura a situaciones sociales complejas, por lo cual sólo es posible en unos pocos animales.

En general, quizá la empatía humana no pueda explicarse exclusivamente como una teoría “*bottom-up*”. Una teoría *bottom-up* parte de los casos sencillos y las estructuras de base para luego simplemente ampliarlas un poco “de abajo hacia arriba” para los casos más complicados. De hecho, la evolución suele proceder por adaptación continua al medio ambiente. Esto se traduce en un esquema de aumento constante de la complejidad (aunque tampoco hay que olvidar que las simplificaciones también pueden llegar a formar parte de una nueva adaptación).⁴ No obstante, en la evolución también existe un tipo especial de saltos: cuando una serie de capacidades fueron desarrolladas paso a paso, puede llegar a suceder que la combinación de esas capacidades abra de pronto una nueva posibilidad de acción para la cual no existía una presión de evolución directa. Eso puede llegar a haber sucedido con la evolución de la empatía de los monos hacia el mono sin pelo. Siguiendo esta hipótesis, en el momento en el que un individuo tiene a disposición una determinada mezcla de capacidades mentales, sólo se admite retrospectivamente como empatía aquello que satisface a esa mezcla.

Sería imaginable que las nuevas capacidades al mismo tiempo sirvieran de filtro para bloquear otras formas de empatía, incluso

4 Para cuestiones referentes a la evolución, véase Armin P. Moczek, “On the origins of novelty in development and evolution”, en *BioEssays* 30/5, 2008, pp. 432-447.

las anteriores, o bien para reajustar las formas anteriores a esta nueva forma de empatía. El hecho de que esas capacidades obviamente evolucionen en forma paulatina no influye en el cambio súbito hacia un modelo “*top down*” (de arriba hacia abajo).

Una vez desarrollada, la empatía narrativa comprende la mayoría de las formas de leer la mente, de simpatizar y de compadecerse, y subordina esas formas a su estructura.

El presente libro halla una prueba de esta hipótesis de base en el hecho de que las personas poseen la capacidad para el pensamiento ficticio y para la creación de mundos imaginarios elaborados. De hecho, en algunos pasajes se ocupa de las llamadas “obras de ficción”. Pero esto no significa que aquí vayamos a ocuparnos únicamente de obras de arte literarias. La esperanza de esta investigación reside más bien en que la capacidad humana para la ficción nos permita obtener más datos acerca de las capacidades cognitivas del hombre en su totalidad. Al parecer, las ficciones sólo pueden existir porque responden a la capacidad de representación humana y también a las representaciones de otros seres humanos. Estas consideraciones permiten plantear algunas hipótesis sobre una escena básica de la narración, en tanto ésta responde a las capacidades humanas. Por lo tanto, es posible que la literatura narrativa brinde una clave que nos permita comprender la asombrosa capacidad humana para la empatía.

Pero al mismo tiempo la literatura narrativa desempeña un papel acaso esencial a la hora de practicar patrones de empatía. La práctica de esos patrones abre un espacio en el que al mismo tiempo pueden probarse otras variantes de empatía que a su vez pueden llegar a repercutir sobre la capacidad para la empatía. Junto con la ficción existe una historia de la empatía y el plural de las culturas de la empatía.

ESTRUCTURA DEL LIBRO

Este libro se aproxima a la estructura de la empatía narrativa analizando en primer lugar los tres paradigmas de explicación de la empatía más destacados, que parten de explicaciones más simples de la empatía.

El primero de ellos es el paradigma de la similitud (capítulo 1). Suele argumentarse de una y otra manera que la base de la empatía y, con ello, su condición de posibilidad, reside en la similitud entre el observador que empatiza y el otro. Aun cuando esto sea cierto (es difícil refutarlo), la similitud es un medio muy insuficiente para explicar la empatía humana ya que por lo general se la sobrestima. Quien por ejemplo asume la similitud de las sensaciones corporales o de determinadas emociones, está abstrayéndose al mismo tiempo en forma permanente de la situación y de las experiencias del otro. Por consiguiente, parece que lo que constituye el instrumento central de la empatía no es tanto la similitud en sí, sino más bien su *sobrestimación*. Pero la sobrestimación puede llegar a proporciones desmedidas y necesita mecanismos de regulación. Por eso, hay que demostrar que hasta los mecanismos aparentemente más simples, como lo es el del paralelismo que posibilitan las neuronas espejo entre el observador y el observado, buscan la similitud y al mismo tiempo la canalizan, la limitan y la bloquean. Esto es posible entre otras cosas únicamente a través de mecanismos de anticipación y temporalización.

El segundo capítulo analiza modelos de construcción de la empatía que parten del supuesto básico de que podemos construir la perspectiva de otro. Para ello, la similitud con el otro resulta muy útil, aunque ya no es estrictamente necesaria. Estos modelos de construcción confían en que tenemos la capacidad para comprender emocional o intelectualmente incluso a aque-

llos que tienen una visión de las cosas distinta de la nuestra. En el análisis de esos modelos se destaca la importancia de la situación concreta que induce a la empatía. Sólo determinadas situaciones admiten construcciones de ese tipo, sobre todo justamente aquellas que pueden construirse en forma narrativa. La diferencia con el otro también debe poder ser “narrada” como una experiencia precedente concreta (que caracteriza al otro o ejemplifica su des-conocimiento, etc.). Para que el otro pueda ser construido, todas las intenciones, condiciones previas y posibilidades deben ser trasladadas a un escenario previsible.

El tercer capítulo propone otra forma básica de empatía: una empatía casi forzada por la violencia. En situaciones extremas tales como el secuestro con toma de rehenes suele observarse una ligadura del rehén con quien ejerce la violencia (el secuestrador, por caso). Esta ligadura emocional se describe aquí como empatía. Cabe suponer que a través de la empatía el rehén espera generar una reacción positiva por parte del secuestrador. Esto no significa que esta forma de empatía deba ser descartada como un caso extremo o de excepción. Más bien hay que partir de la base de que en este caso se muestra una forma básica de comunicación humana y una cualidad central de la empatía en tanto ésta opera como instrumento de comunicación. Recurriendo a ciertas hipótesis provenientes de la teoría de la evolución, también incluimos la charla social. Como instrumento de comunicación, la empatía podría proveer la estructura necesaria para el intercambio recíproco y para retribuir atenciones. En este capítulo también nos topamos por primera vez con el rol central que desempeñan los terceros. En la situación del secuestro, el tercero ocupa una posición central, encarnada en este caso por los guardianes estatales del orden, a quienes el secuestrador teme. Al parecer, el rehén registra ese temor al tercero, que se revela como central para empatizar con el secuestrador.

Los elementos de la empatía abordados en los tres primeros capítulos –temporalización, escenario y escena de tres– se amplían en el cuarto capítulo a un modelo de empatía narrativa. Esto se produce por dos vías: por un lado, la de la narratología; por el otro, la de una especulación antropológica conforme a la cual la “toma de partido en una escena de tres” constituye la escena fundamental del comportamiento social. Allí se postula que la escena primaria de la empatía debe buscarse en el acto de tomar partido. Dado que al observar un conflicto las personas toman partido por uno y no por el otro, se ven obligadas a justificar y legitimar su decisión. Tal como lo desarrollaremos más adelante, la empatía, la simpatía, la compasión, se revelan como las estrategias óptimas para justificar y afianzar la propia decisión.

Para que quede claro: este libro también procede de un modo puramente especulativo. El acento de la argumentación no está puesto en catalogar formas de empatía, aunque en un principio presentemos distintas concepciones de empatía y simpatía, sino en condensar todas esas formas y concepciones en un modelo. (Para tener un buen panorama sobre las formas de los procesos mentales de empatía puede consultarse a Evan Thompson;⁵ un catálogo muy útil de formas de identificación literaria es el que ofrece Hans Robert Jauss;⁶ C. Daniel Batson⁷

5 Evan Thompson, “Empathy and consciousness”, en *Journal of Consciousness Studies* 8, 5-7, 2001, pp. 1-32.

6 Hans Robert Jauss, “Negativität und Identifikation. Versuch zur Theorie der ästhetischen Erfahrung” [Negatividad e identificación. Ensayo para la teoría de la experiencia estética], en Harald Weinrich (ed.), *Positionen der Negativität* (Poetik und Hermeneutik VI) [Posiciones de la negatividad (Poética y hermenéutica VI)], Munich, 1975, pp. 263-339.

7 C. Daniel Batson, “These things called empathy: Eight related but distinct phenomena”, en Jean Decety y William Ickes (eds.), *The social neuroscience of empathy*, Cambridge, MA, 2009, pp. 3-16.

distingue ocho modelos de empatía). Este modo de proceder privilegia la claridad.

A otras tesis e ideas sobre la cuestión de la empatía humana les resultará fácil posicionarse a favor o en contra de estos postulados.

INSTRUCCIONES DE USO

Los lectores que deseen hacerse enseguida una imagen del modelo propuesto en este libro pueden saltar directamente al capítulo IV, sección 1.

Los lectores que deseen utilizar este libro como introducción a los enfoques de las ciencias cognitivas sobre la empatía, pueden leer el capítulo I, secciones 5-6 (neuronas espejo), el capítulo II, secciones 1-2 (*Theory of Mind*) y el capítulo IV, secciones 3-4 (*Narrative Mind*).

A quienes deseen leer este libro como aporte a la teoría literaria, les conviene concentrarse directamente en los análisis literarios: capítulo I, sección 8 sobre la Ilustración (Lessing); capítulo II, sección 5 sobre la narración romántica del trauma; capítulo IV, sección 9 sobre *La Regenta* de Clarín y *Effi Briest* de Fontane, y sobre la narratología, con análisis de Aristóteles incluido (capítulo IV, secciones 3-7).

I

La empatía y la producción de la no similitud

Cada uno de los siguientes tres capítulos se centrará en una estructura básica de la empatía, es decir, en la hipótesis de una estructura básica semejante. Al hacerlo, quedará demostrado que ninguna de esas concepciones puede reclamar para sí el monopolio de la explicación de la empatía. Comenzaremos abordando la concepción según la cual la empatía descansa sobre la similitud real o supuesta entre el observador y el observado. Como habremos de demostrar, lo decisivo para la empatía no es la similitud en sí, sino la producción de disimilitud.

1. LA SIMILITUD COMO CONDICIÓN DE LA EMPATÍA

Más allá del mecanismo, más allá de la estructura, lo cierto es que la empatía se produce. Al menos tenemos una y otra vez la sensación de que comprendemos a otras personas y a otros seres, que sentimos lo que ellos perciben y que podemos adivinar sus intenciones. Al mismo tiempo, sabemos que esto no es tan sencillo y que solemos equivocarnos. Por lo tanto, cabe preguntarse cómo es posible que pensemos que entendemos a

los demás a pesar de que las circunstancias dicten lo contrario. ¿De dónde proviene esa confianza en nuestra capacidad para leer a los demás?

Parece ser que esa confianza se origina en el supuesto de que de una u otra manera pensamos, sentimos o sentiríamos de manera *similar* si fuésemos el otro y estuviésemos en su situación. Al menos suponemos (con o sin razón) que sabemos o podemos adivinar cómo se siente determinado dolor porque (quizá sin que tomemos conciencia de ello) abrevamos en nuestra propia experiencia. Así, por ejemplo, suponemos que la fobia que nuestra amiga tiene a los sapos es similar a nuestro miedo a las arañas, o que creemos saber en forma espontánea qué es lo que hará otro. Definiéndolo por la negativa, podríamos decir que la empatía probablemente no tendría lugar si el observador no supusiera una similitud o semejanza mínima. Por ejemplo, si intentamos empatizar con un murciélago, como en el famoso ejemplo de Thomas Nagel, lo hacemos en tanto partimos del supuesto de que existe una semejanza en la experiencia, y entonces retraducimos la ecolocación de los murciélagos equiparándola al sentido de la vista e interpretamos su aleteo como un movimiento de brazos (lo que por otra parte fue así en términos evolutivos).¹

El problema que se plantea, se apresura a agregar Nagel, es que de esa manera justamente no comprendemos “cómo es para un *murciélago* ser un murciélago”.² Nagel sostiene esta

1 Thomas Nagel, “What is it like to be a bat?”, en *The Philosophical Review* 83, 1974, pp. 435-450.

2 *Ibid.*, p. 439. La crítica de Nagel se enciende ante los intentos de alcanzar una mayor objetividad en la percepción recurriendo a la reducción o a la abstracción. Según Nagel, mientras que en general se considera que una observación gana en objetividad al abandonar la perspectiva individual, en el caso de la experiencia esto no sucede. “Cualquier movimiento que apunte a una mayor objetividad [...] no nos lleva a acercarnos a la verdadera naturaleza del fenómeno, sino que nos aleja de ella” (p. 445).

misma postura para casos menos extremos que el de los murciélagos y los marcianos, y resalta sobre todo el límite en la diversidad de las formas de percepción, por ejemplo, la que existe entre videntes y ciegos. Ahora bien, si los seres que poseen aparatos de percepción idénticos pueden comprenderse o no es una cuestión que finalmente Nagel deja abierta. Si concebimos su regla de oro (*cómo es para A ser A*) en términos estrictos, en términos incluso más estrictos que los suyos propios, entonces necesariamente tendremos que aceptar que cualquier forma de empatía exacta con los demás es (prácticamente) imposible. Cada persona tiene un repertorio de formas de percepción, asociaciones y experiencias de algún modo distinto, de manera que quizá sea imposible ver el mundo como otro lo ve, lo imagina y lo siente. La similitud real sólo puede suponerse. Sólo aquel que se halla afuera de la similitud puede dar por sentado que aquellos que son similares entre sí se comprenden. En la novela de Roberto Bolaño *Estrella distante*, un detective piensa que sólo un poeta puede ayudarlo a entender a otro poeta. Pero el propio poeta no tiene esa confianza.

Sin embargo, a contramano de lo que sabemos, seguimos creyendo que la empatía se produce. Esta confianza en nuestra empatía probablemente constituye en sí misma un factor decisivo de la empatía humana. Acaso también sería demasiado fácil declarar esta confianza como algo lisa y llanamente secundario frente a nuestra capacidad efectiva y nuestros aparatos de la empatía. Tal vez seamos optimistas no sólo porque disponemos de los aparatos cognitivos para la empatía y ya los hemos probado lo suficiente. Más bien cabe suponer que un optimismo exagerado, unido a una ignorancia respecto de las diferencias con el otro, estimula el desarrollo de la empatía y, lo que es más determinante, nos lleva a creer que entendemos al otro cuando en realidad carecemos de los instrumentos nece-